

## Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

## La libertad de expresión de «ABC»

El ataque de IIB al diario «ABC» merece un juicio moral y político, antes que legal o judicial. No en el terreno de los sentimientos personales, sujetos a diferentes escalas de valor, sino en el de la coherencia de la moralidad pública. Porque en el placer y en el dolor individual hay jerarquías de preferencias, que no es posible trasladar al terreno político. Ante la tortura física, por ejemplo, la misma muerte puede ser una bendición. Pero sólo para el que está en ese rango. La sociedad no tiene preferencia o elección posible entre tortura o muerte. El secreto de la claridad sentimental del que prefiere morir está en que no puede imaginar el final de «su» tortura. Mientras que los sentimientos sociales no pueden concebir siquiera su comienzo. En cambio, la preferencia en el placer se presta al juego de la fantasía. Pocos lectores, por ejemplo, se han sustraído al pasatiempo de salvar un solo libro del incendio de la biblioteca. Aquí entra en juego la ley de preferencia individual entre lo bueno y lo excelente. El juego es posible y entretenido porque todos pueden jugar su íntima carta personal en igualdad de condiciones.

★

Dada la escasez de bienes y la propensión natural a la violencia posesiva, la política pone en marcha la ley de la preferencia entre lo malo y lo peor. Entre un mercado dirigido por los ricos, que asegura la desigualdad, y un comunismo de Estado, que perpetúa la igualdad, los pobres se quedan con el capitalismo. Las preferencias negativas no son inocentes. ¿Qué salvaríamos si nos obligaran a elegir entre terrorismo de ETA o accidentes de tráfico, entre orden público de HB o de «ABC»? La respuesta utilitarista es inequívoca. Habría que elegir el terrorismo de ETA y el orden público de «ABC», porque producen menor cantidad de víctimas y de represión en la sociedad que los accidentes de tráfico y el orden público de HB. El juego pone de relieve el defecto moral del utilitarismo. La presencia de la voluntariedad en el terrorismo y de la ideología en la noción de orden público no permiten la neutralidad en el cálculo cuantitativo del mal. Stuart Mill introdujo, por esa razón, la diferencia cualitativa de sentimientos. Si abandonamos la medición de la moralidad por la cantidad de consecuencias positivas o negativas de los actos, inclinándonos por su adecuación a normas potencialmente buenas, entonces podemos jugar también a preferencias políticas.

★

«ABC» ha publicado la noticia de un acto ajeno inadecuado, que coacciona a HB para un fin bueno. HB ha respondido con una amenaza a la libertad de expresión de «ABC». Como esa amenaza está fundada en la noción de orden público que defiende «ABC», sería muy fácil decir a HB que —recordando al marxista Gramsci, para quien todo partido es represivo— la represión es progresista o reaccionaria según el número y carácter de los elementos sociales reprimidos. Aunque no comparto la idea tradicional de orden público de «ABC», es mucho menos reaccionaria que la de HB. Pero este partido ha planteado la cuestión de la libertad de expresión. Y ahí, si yo tuviera que optar entre un país sin terrorismo, sin accidentes de tráfico y sin libertad de expresión, y otro lleno de problemas y dolores con libertad de expresión, elegiría sin titubeos este último. Si me dieran a elegir una sola de las libertades, siempre que no fuera la libertad política, agarraría la de expresión. No hay mayor erimen político que el de ocultación de la verdad. Ni amenaza más grave contra la posibilidad de la democracia que la dirigida contra la libertad de expresión. El indiscutible derecho de HB a su libertad de expresión, para pedir la independencia de Fuzkadi por medios pacíficos, como otros la tenemos para defender la unidad de España, es incoherente con la amenaza a la libertad de expresión de «ABC», cuyo director, al publicar la noticia de la coacción moral a IIB, ha obrado con arreglo a una norma idónea a la libertad de todos. Incluso, potencialmente, a la de IIB.

## TRIBUNA LIBRE

## Las grandes corporaciones no tienen la culpa

[ ROBERT REICH ]

Si el Estado interviniera menos, el sector privado tendría que implicarse más en la protección social de los trabajadores. Pero el despido de 40.000 empleados anunciado por AT&T el primer día laborable de 1996 siembra dudas sobre la capacidad del sector privado de asumir una mayor responsabilidad con respecto al bienestar económico de los norteamericanos.

Mi intención no es ensañarme con AT&T. Es sólo una de las muchas empresas que este año, pese a haber obtenido beneficios récord, han entregado la notificación de despido a miles de trabajadores. El hecho de que Wall Street haya visto con buenos ojos las medidas anunciadas por AT&T indica que la empresa ha hecho lo que querían sus accionistas. Y ésta es precisamente la cuestión importante: ¿tienen las empresas alguna obligación que no sea la de buscar la máxima rentabilidad?

Se ha puesto de moda en política afirmar que los estudios cinematográficos y las cadenas televisivas, junto con sus anunciantes, deberían evitar los contenidos obscenos y la violencia, a pesar de que estos temas de dudosa moral atraen enormes audiencias y generan cuantiosos beneficios. Si, pero ¿qué hay del compromiso de las grandes empresas con sus empleados y la sociedad en general? La pérdida de un día para otro de la nómina puede resultar más perjudicial para la institución de la familia que las atrevidas y excitantes imágenes que aparecen en la pantalla.

Los altos directivos alegan, en parte con razón, que no tienen otra alternativa. Los inversores exigen cada vez con más empeño

que las compañías reduzcan sus costos al mínimo y que adopten políticas agresivas. Si la inversión en salarios no reporta suficientes beneficios, simplemente hay que eliminar puestos de trabajo. Y si una comunidad pierde su base económica porque una empresa gana en eficacia trasladándose a otra parte, que así sea.

que las compañías reduzcan sus costos al mínimo y que adopten políticas agresivas. Si la inversión en salarios no reporta suficientes beneficios, simplemente hay que eliminar puestos de trabajo. Y si una comunidad pierde su base económica porque una empresa gana en eficacia trasladándose a otra parte, que así sea.

Debido a la constante presión por incrementar los beneficios, se ha abierto una amplia gama de posibilidades de inversión, y los inversores nunca habían tenido la posibilidad de mover su dinero con tanta facilidad. El capitalismo electrónico ha reemplazado al antiguo sistema de inversiones «entre caballeros» por el que los «hombres de Estado de la industria» tenían competencias para mantener el equilibrio entre los intereses de los accionistas y los de los empleados y la sociedad. En cambio, hoy en día cualquier ejecutivo que titubea a la hora de rentabilizar al máximo el capital de los inversores, corre el peligro de perder su puesto de trabajo.

Curiosamente, esta transformación de la gran empresa, convertida ahora en mero agente de los accionistas, se ha dado a la par que aumentan las dudas sobre la capacidad del Gobierno de proteger a sus ciudadanos.

Los ejecutivos de las empresas solían tener otra mentalidad. En un discurso pronunciado en 1951, Frank Abrams, presidente de Standard Oil de New Jersey, afirmó: «La función de los equipos gestores es mantener un equilibrio eficaz y viable entre la presión que ejercen los accionistas, los trabajadores y la sociedad en general».

Ese mismo año, la revista Fortune aconsejaba a los directivos que actuasen como «hombres de Estado en la industria» y trabajarán tanto para el bien de sus empleados y de la sociedad como para el de los accionistas.

¿Qué ha cambiado? El grado de competitividad. Las empresas norteamericanas han pasado de ser rivales respetuosos a ser gladiadores sanguinarios. El sector

Sin tener en cuenta la solución que se dé al conflicto sobre el presupuesto, en el futuro, el Gobierno federal cumplirá un papel modesto en la tarea de salvaguardar la seguridad económica de los norteamericanos. Los Gobiernos estatales y locales tendrán más margen de acción aunque contarán con muchos menos recursos.

Y como tendrán que competir entre ellos para atraer a los inversores, estos gobiernos se mostrarán reacios a gravar con más impuestos a las empresas. Los empleados de AT&T afectados por la reducción de plantilla pueden considerarse afortunados ya

## REVISTA DE PRENSA

GERMAN YANKE

## González tiene fe y le gusta el fútbol

Todos los periódicos se ocupaban ayer de la Pascua Militar y el discurso del Rey, aunque había diferencias de detalle. Para empezar, algunos titulares (*Diario 16*, *La Vanguardia*...) informaban de que **Don Juan Carlos** había pedido «mayor firmeza» y otros (*El País*, *Abc*, *Diario Vasco*) añadían el artículo: «la mayor firmeza». Parece lo mismo pero puede no serlo. Además, para *El País* y *Diario 16* la gran noticia del acto fueron las palabras de **Felipe González** durante su «encuentro informal» con los periodistas: *El País* destaca que al presidente le parece inabordable la propuesta de **José**

**María Aznar** de reducir la mili a seis meses y *Diario 16* que aseguró que «el PP nos alejaría de Maastricht». Vamos, que, además de ampliar lo de la firmeza, aprovechó la celebración militar para desplegar su estrategia.

Todos coinciden en que González estaba «sonriente y relajado» (**Luis R. Aizpolec** en *El País*), nada preocupado (*Abc*) e

incluso «muy satisfecho» (**Roberto G. Larrea** en *Diario 16*). Aludió a sus vacaciones en Doñana, a que había visto «una Andalucía pasada por agua» y casi todos los periodistas que le escucharon anotaron su ironía sobre el lema del PSOE para los próximos comicios: «a por la quinta copa de Europa». Había tenido su *noche mágica*.

Como si el líder de la oposición, en un ambiente tan militar, intuyera que la pelota estaba en su campo, publicaba ayer un artículo en *Abc* en el que asegura que la propuesta de reducción del servicio militar es «reflexiva, discutida con profesionales y expertos», tras considerar todas las variantes y «la mejor funcionalidad de la prestación y no por el halago oportunista a la comodidad». Llega Aznar a apuntar la «plena profesionalización» del ejército como hipótesis de futuro» y cuenta una anécdota de **Margaret Thatcher** durante la guerra de las Malvinas para ilustrar la «determi-